

didada toda la cortesanía; para ser cortés es necesario ser bondadoso, y esto es tan cierto, que si tomamos al acaso alguna de las prescripciones de los libros en que se pretende enseñar la urbanidad, hallaremos siempre en el fondo de ellas la idea de abnegación, de olvido de sí mismo, en obsequio de la felicidad ajena. Por otra parte, una de las satisfacciones más vivas que se experimentan, es la que proviene de un acto de cortesía, inferior apenas, en muchos casos, al goce íntimo que produce la ejecución de un buen acto moral: y hay entre estas dos especies de acciones un lazo más estrecho de lo que generalmente se cree.

Jamás pudiéramos recomendar suficientemente la cortesía, ni aun considerada como esa civilidad meramente superficial y de apariencia, que es apenas una sombra de la verdadera cortesía: esta es una moneda que podemos dar con un pequeño sacrificio y que recibimos siempre con gusto; ella facilita y hace más agradables las incesantes relaciones que tenemos con nuestros semejantes; debilita las impresiones desagradables que naturalmente se experimentan por la diversidad de opiniones e intereses que dividen á los hombres entre sí, y, finalmente, es una magnífica carta de introducción que nos acredita y nos recomienda.

SAMPLER.

EL CARACTER POR SAMUEL SMILES.

(Continuación).

Citemos un rasgo característico del príncipe Alberto, hombre de un alma escogida, y que ejerció tanta influencia en los demás por la pura fuerza de su benévola naturaleza: encargado de fijar las condiciones del premio anual dado por la reina al colegio Wellington, decidió que el premio se le adjudicase, no al alumno más inteligente, ni al más erudito; ni siquiera al más puntual, ni al más aplicado, ni al más juicioso; sino al joven más noble, al que pareciese más dispuesto á llegar á ser hombre de corazón y de principios elevados.

El carácter se afirma en los actos dirigidos é inspirados por los principios, por la integridad, y por la sabiduría práctica. Es, en su más alta expresión, la voluntad individual que obra energicamente bajo la influencia de la religión, de la moral y de la razón. Elige su camino con reflexión y lo sigue con perseverancia, anteponiendo el deber á la reputación y el gozo de la conciencia á las alabanzas del mundo. Sin dejar de respetar la personalidad de los demás, conserva su propia originalidad y su independencia, y tiene el valor de ser honrado y moral, aun cuando eso sea impopular, fiándose al tiempo y á la experiencia para ser mejor conocido.

Bien que el ejemplo tenga siempre una grande influencia sobre la formación del carácter, su principal apoyo debe estar en la fuerza de voluntad que Dios puso en nosotros. Ella sola puede sostenernos en la vida y dar á cada uno energía é independencia. "Si no puedes sobreponerte á sí mismo—decía Daniel, poeta del siglo de Isabel—qué triste cosa es el hombre!" Sin cierto grado de fuerza práctica y eficaz, unida á la voluntad, que es la raíz, y á la sabiduría, que es la copa del carácter, la vida será indecisa y sin objeto, semejante al agua estancada, en vez de ser la rápida corriente que presta grandes servicios y da movimiento á todo el rolaje de un distrito.

Quando los elementos de que se compone un carácter están unidos por una voluntad determinada bajo la influencia de elevadas aspiraciones, el hombre entra valerosamente y persevera en el sendero del deber, cueste lo que costare á sus intereses temporales; y puede decirse entonces que ya está á punto de alcanzar la perfección de su ser. Muéstrase entonces su carácter bajo la forma más intrépida y realiza la más alta idea que pueda formarse de la virilidad. Los actos de un hombre semejante se reflejan en la vida y en las acciones de los demás: sus palabras mismas tienen vida y acción.

Por otra parte, la energía sin la integridad y sin la bondad, no puede presentar sino el principio del mal. Observa Novalis, en sus *Pensamientos sobre la moral*, que el ideal de la perfección no tiene rival más peligroso de combatir, que el ideal de la fuerza excesiva, de la vida más violenta; es decir, el máximo de la barbarie, que no necesita sino cierta mezcla de orgullo, de ambición y de egoísmo para convertirse en el perfecto ideal del demonio. Entre los hombres de este temple se encuentran los más terribles azotes y los devastadores del género humano; esos grandes culpables que la Providencia, en sus impenetrables designios, parece haber elegido expresamente para realizar en la tierra la obra de destrucción (1).

¡Que diferencia del hombre cuyo carácter energético es inspirado por un corazón noble, cuyas acciones van dirigidas por la rectitud, y para el cual el deber es la ley de la existencia! Ese será justo y equitativo en sus negocios, tanto en su vida pública como en su vida privada, porque sabe que la justicia es tan esencial para el Gobierno de una familia como para el gobierno de una nación. Será honrado en todo y por todo, tanto en sus palabras como en sus obras: será generoso y clemente para con sus adversarios y para con los que son más débiles que él.

No sin razón se ha dicho de Sheridan, que, á pesar de toda su imprevisión, fué bueno y jamás hizo mal á nadie. Tal fué también el carácter de Fox, que se captaba el afecto y la voluntad de los demás por su constante y simpática cordialidad. Nadie fué más susceptible cuando se le tocaba la cuerda del honor. Refiérese á este propósito que, como se le presentase una vez un proveedor á cobrar el valor de una cuenta pagadera á la vista, encontró á Fox ocupado en contar una cantidad de oro, y le exigió que le pagase con el dinero que tenía delante.

—No, dijo Fox, debo este dinero á Sheridan, es una deuda de honor, y si me sucediese algún contratiempo, él no tendría documento alguno que presentar.

—Entonces, dijo el mercader, yo convierto mi deuda en deuda de honor; y rasgó la cuenta.

Fox quedó vencido en el acto; dió las gracias al otro por su confianza, y le pagó diciendo:

—Sheridan tendrá que aguardar, porque la deuda de usted es más antigua.

(1) Figura entre éstos Napoleón "el Grande," hombre de singular energía, pero falta absolutamente de principios. Tenía opción más triste de sus semejantes. "Los hombres son corchos que se alimentan con oro, decía una vez, y yo por eso les arrojo oro y hago de ellos lo que so mo autoja."

Cuando el abate de Pradt, arzobispo de Malinas, partió para su embajada en Polonia, en 1812, las últimas instrucciones de Napoleón fueron: "Tened una buena mesa y atended á las mujeres," lo cual hizo decir á Benjamin Constant, que semejante observación, dirigida á un débil prelado de sesenta años de edad, muestra el profundo desprecio de Bonaparte por la especie humana, sin distinción de personas ni de sexos.

El hombre de carácter es concienzudo: su conciencia se descubre en sus obras, en sus palabras y en todas sus acciones. Cuando Cromwell exigió al Parlamento que le diese soldados para reemplazar a los mercenarios disolutos y ebrios que componían el ejército de la República, insistió en que fuesen hombres que tuviesen conciencia de sus actos, y así fué como compuso su célebre regimiento de *Ironsides*. (*)

El hombre de carácter es igualmente respetuoso: la posesión de esta cualidad es la señal distintiva de los tipos más nobles y más elevados de uno y otro sexo: todos ellos tienen profundo respeto á las cosas consagradas por el homenaje de las generaciones; á los grandes propósitos, á las ideas puras; á las aspiraciones nobles; á los grandes hombres de los tiempos pasados y al cultivado ingenio de nuestros contemporáneos. Ese respeto es igualmente indispensable para la felicidad de los individuos, de las familias y de las naciones: sin él no puede haber fe ni confianza en Dios, ni en el hombre; ni paz social, ni progreso. Y es porque el respeto implica la idea de religion, que liga á los hombres entre sí, y á todos los une á Dios.

El hombre de espíritu elevado—dice sir Thomas Overbury—adquiere experiencia de todos los acontecimientos; y entre esa experiencia y su razón hay una estrecha conformidad cuyos resultados son sus propias acciones. Él se mueve porque ama y no para ser amado; estima la gloria y desprecia la vergüenza; obedece y gobierna por igual resolución y por un mismo motivo. Sabe que la razón no es un don indiferente de la naturaleza, y se constituye en piloto de su propio destino. La verdad es su culto, y no contento de acercarse á ella, quiere poseerla. En la sociedad de los hombres, brilla como astro cuya claridad les sirve de guía. Es amigo del sabio, ejemplo del indiferente, remedio del vicioso. Así es que el tiempo no se aleja de él, sino que marcha á par de él, y si advierte el trascurso de los años, es más bien por la fuerza de su alma que por la debilidad de su cuerpo. No siente el sufrimiento, sino que lo considera como un amigo que trata de romper sus lazos y ayudarlo á salir de su prisión."

La voluntad enérgica es el alma de todos los grandes caracteres. Allí hay vida, donde ella se encuentra; donde ella falta, no hay sino debilidad, impotencia y desaliento. "El hombre fuerte y el agua que corre, dice el proverbio, se abren su propio camino." El caudillo enérgico á quien anima el fuego sagrado, no solamente sabe cómo debe conducirse, sino que se hace seguir de los demás. Cada uno de sus actos tiene una significación personal que implica vigor, independencia, confianza en sí mismo, y que, sin saberlo, le granjea respeto, admiración y homenaje. Esta intrepidez de carácter se observa en Enrique IV, en Turana, en Cromwell, en Wellington, y en todos los grandes caudillos que han tenido numerosos ejércitos á sus órdenes.

"Estoy convencido—dice Mr Gladstone poco tiempo despues de la muerte de lord Palmerston, al describir las cualidades que éste habia ostentado en la Cámara de los comunes—estoy convencido de que, merced á su fuerza de voluntad, al sentimiento que él tenia del deber y á su determinación de no cejar, fué como él pudo servirnos de modelo á todos los que con paso débil y desigual vamos siguiendo sus huellas; gracias á esa fuerza de voluntad, pudo

también, si no combatir, al ménos acallar y tener á raya las enfermedades de la vejez. Otra cualidad tenía de que podemos hablar sin correr el menor riesgo de despertar emoción alguna dolorosa en un solo corazón: lord Palmerston era de una naturaleza incapaz de experimentar cólera ni odio. Ni era esa carencia de encontrados sentimientos resultado de un penoso esfuerzo, sino fruto espontáneo de su alma; era noble dón de su naturaleza original, dón que nos complacemos en ensalzar sobre todos los demás, y que nos es grato recordar al pensar en el que ya no existe y por el cual ya nada podemos sino es tratar de seguir su ejemplo y ofrendar á su memoria nuestro tributo de admiración y de reconocimiento."

Un gran jefe de partido atrae á sí á los hombres de caracteres semejantes, como el iman atrae el hierro. Así fué como desde el principio distinguió sir John Moore á los tres hermanos Napier entre la multitud de oficiales que le rodeaban, y así fué como ellos, por su parte, le pagaron con apasionada admiración. Ellos se sentían cautivados por su cordura, por su bravura y por su noble desinterés, y él fué para ellos el modelo que trataban de imitar y á quien de igualar en lo posible. "La influencia de Moore—dice el biógrafo de sir William Napier—tuvo un efecto mágico para formar y madurar sus caracteres; y no es poca gloria la de haber sido el héroe de esos tres hombres, cuando el descubrir inmediatamente las cualidades morales de ellos, probaba la gran penetración y el sano criterio de Moore."

Los ejemplos de conducta enérgica tienen algo de contagioso: el hombre de corazón sirve de inspiración á los débiles y los fuerza, en cierto modo, á seguir en pos de él. Refiere Napier que en el combate de Vera, cuando el centro del ejército español iba en derrota, un jóven, llamado Havelock, se lanzó al frente y, agitando su sombrero, gritaba á todos los españoles que le rodeaban, que le siguiesen. Espoleó su caballo, salvó la empalizada que protegía el frente de los franceses, y se lanzó sobre ellos resueltamente. Los españoles se sintieron electrizados; al instante se precipitaron tras de él gritando: *viva el chico blanco!* Al primer empuje traspasaron la fila del enemigo y le echaron en derrota al pie de la montaña. (**)

Y lo mismo sucede en la vida ordinaria: los grandes y los buenos llévanse tras sí á los demás; alumbran y elevan todo lo que está al alcance de su influencia. Son otros tantos centros vivos de beneficencia activa. Llámese á un hombre de carácter recto y enérgico á un puesto de confianza y autoridad, y á los que sirven á sus órdenes sentirán que su poder también se ha aumentado. Cuando Chatham fué nombrado ministro, su influencia personal se hizo sentir al punto en todos los departamentos del ministerio. Todavía marinero que servía á las órdenes de Nelson, y que sabia que éste mandaba en jefe la escuadra, participaba de la inspiración del héroe.

El mariscal de Turana era anafísimo de sus soldados, de cuyas privaciones siempre se hacia parti-

(*) *Historia de la guerra de la península*, t. V, p. 319. Napier cita otro ejemplo notable de la influencia de las cualidades personales, en el jóven Edward Pezay, del mismo regimiento [el 43] que, cuando fue á torto á los diez y nueve años de edad en la batalla de Nivelle, habia ya visto mis combates y sitios que años antes. Era tan delicado de cuerpo y de una belleza tan sorprendente. Era tan delicado de cuerpo y de una belleza tan sorprendente. Era tan delicado de cuerpo y de una belleza tan sorprendente, tan vigoroso, tan von disrazada de hombre; y, sin embargo, era tan vigoroso, tan activa, tan esforzado, que los veteranos más atrevidos y más experimentados no lo perdian de vista en el campo de batalla, y, siguiendo de á do quiera que él los conducía, estaban siempre prontos á obedecerle como niños, á la menor señal suya y en las situaciones más difíciles.

(*) *Costados de hierro*.

cipe; y ellos tenían en él una confianza absoluta. El año de 1772, Turenna fué enviado con su ejército á la Alemania del norte para combatir á Federico Guillermo, elector de Brandeburgo. El invierno estaba en toda su fuerza, y las marchas por caminos difíciles eran penosas y cansadas. Un día que las tropas atravesaban un profundo pantano; algunos soldados bisonos se manifestaron quejosos; pero los veteranos les replicaron: "Estad seguros de que Turenna va más afligido que nosotros. En este momento piensa en el medio de salvarnos; porque él vela por nosotros mientras nosotros dormimos; es nuestro padre, y no nos hubiera hecho soportar semejante fatiga si no tuviese en mira algún gran proyecto que no nos es dado penetrar." Alcanzó Turenna á oír estas observaciones y declaró que nada le había complacido más en su vida que esa conversación.

Cúmplele también á un hombre tener fortaleza para sacrificarse por sus conciudadanos. Citemos, por ejemplo, el valor magnánimo del caballero de Assas, que puede compararse al de Arnold de Winkelried, en la batalla de Sempach.

Habia Luis XV enviado un ejército á Alemania en el otoño de 1760, y un destacamento de él, compuesto de veinticinco mil hombres á órdenes del marqués de Castries, había ocupado una posición muy fuerte en Klöstercamp. En la noche del 15 de octubre, un oficial del regimiento de Auvernia, llamado de Assas, fué enviado á la descubierta, y se adelantó solo en el bosque á alguna distancia de sus soldados. De repente se vió rodeado por una partida de tropa enemiga, cuyas bayonetas se cruzaban sobre su pecho, á tiempo que una voz lo decía al oído: "Silencio, ó sois muerto." Al punto comprendió él todo. El enemigo avanzaba para sorprender al ejército francés y caer sobre él luego que estuviese bien entrada la noche. Ese instante decidió de su suerte. Dióse á gritar con toda la fuerza que pudo: "Auvernia, á mí! he aquí al enemigo!" Y cuando sus soldados alcanzaron á oír estos gritos, su capitán no era más que un cadáver; pero su muerte salvó al ejército: la sorpresa se malogró, y el enemigo hubo de retirarse.

Cuando Washington consintió encargarse del mando en jefe, todos comprendieron que las fuerzas americanas se habían duplicado. Muchos años después, en 1798, cuando Washington, viejo ya, se había retirado de la vida pública y vivía en su retiro de Mont-Vernon, pareció probable que la Francia iba á declarar la guerra á los Estados Unidos, y el Presidente Adams escribió en estos términos á su ilustre predecesor: "Necesitamos de vuestro nombre, permitidnos hacer uso de él; producirá más efecto que muchos ejércitos." Tal era la estimación que el noble carácter y las eminentes cualidades de Washington inspiraban á sus conciudadanos! (*)

[*] En una época en que la disolución de la Unión parecía inminente, y en que Washington deseaba volver á la vida privada, Jefferson le escribió suplicándole que permaneciese en el poder. "La confianza de la Unión entera," le decía, "en vos está concentrada. Vuestra presencia en los negocios será la mejor respuesta á todos los argumentos que tienden á alarmar al pueblo y á impulsar á la violencia y á la secesion..." "Hay caracteres tan eminentes, que la sociedad tiene sobre ellos derechos á los cuales deben someterse sus preferencias individuales, y es necesario restringirlos á lo único que puede atraerles las bendiciones del género humano en el presente y en el porvenir. Tal parece ser vuestra condición y la ley que os ha impuesto la Providencia al formar vuestra alma y al modelar los acontecimientos sobre que ella debe obrar; y es por semejantes motivos, y no por las preocupaciones personales de gentes que no tienen derecho alguno á exigir sacrificios, por lo que vengo hoy á suplicaros que desistáis

El historiador de la guerra de la Península refiere un incidente que prueba todavía más la influencia que un gran Capitán ejerce sobre sus soldados. Estaba el ejército inglés en Santoren, y Soult avanzaba pronto á atacarlo, con fuerzas considerables. Wellington estaba ausente, y se esperaba su llegada con viva ansiedad. De repente se divisó un caballero solo que iba subiendo la cuesta, y que no era otro que el duque, que iba á reunirse á sus tropas. Uno de los batallones portugueses de Campbell fué el primero que lo reconoció, y lanzó un grito de júbilo que tuvo eco de regimiento en regimiento, y que muy luego se convirtió, al atravesar las filas, en ese hurra formidable que lanza el soldado inglés al tiempo de la batalla, y que ningún enemigo ha podido oír jamás sin sentirse turbado. Detábase Wellington en un punto bien visible, porque deseaba que ambos ejércitos advirtiesen su presencia, y espía le señaló á Soult, que estaba tan cerca de él que era fácil hasta distinguir sus facciones. El general inglés fijó atentamente los ojos en aquel hombre formidable, y como si hablase para sí, dijo: "He ahí un comandante hábil, pero que, como prudente que es, dilatará el ataque hasta que haya conocido la causa de estos vivas; así tendrá tiempo de llegar la sexta division, y yo lo batiré."

En ciertos casos el carácter obra por una especie de influencia mágica, como si los hombres que lo poseen fuesen órganos de una fuerza sobrenatural. "No tengo sino dar con el pié en el suelo de Italia," decía Pompeyo, para hacer surgir de él un ejército. Leemos en la historia, que á la voz de Pedro el eremitaño, toda la Europa se levantó y se lanzó sobre el Asia. Cuéntase que el bastón de pascó del cañá Omar inspiraba más terror á los que lo veían, que el sable de cualquiera otro. El nombre solo de ciertas personas resuena como un feroz de instrumentos bélicos. Douglas, mortalmente herido en el campo de batalla de Otterburn, pilló que su nombre fuese aclamado con mayor fuerza que antes, diciendo que una tradición de familia anunciaba que un Douglas muerto alcanzaba una victoria. Sus compañeros, inspirados por su voz, cobraron nuevo valor, se rehicieron y vencieron; y por eso dijo el poeta escocés:

"The Douglas dead, his name hath won the field."

Ha habido hombres que alcanzaron sus primeras victorias después de muertos. "Jamás—dice Michelet—jamás se vió á César más vivo, más potente, más terrible, que en el momento en que su ajado cuerpo, su descoyuntado cadáver yacía en tierra acribillado á puñaladas; entonces apareció purificado, redimido, y lo que realmente era, á pesar de sus numerosas tachas, el hombre de la humanidad." Nunca el gran carácter de Guillermo de Orange, apelidado el Taciturno, ejerció tanta influencia sobre sus conciudadanos, como después de que fué asesinado en Delft. El día mismo del asesinato, los Estados de Holanda resolvieron sostener su causa con la ayuda de Dios, hasta el último extremo, sin ahorrar oro ni sangre; y cumplieron su palabra.

de vuestra primera determinación, teniendo en cuenta el nuevo aspecto que acabai de tomar las cosas." [Vida de Washington por SPARES, t. I, p. 489]